

# Estar y no estar

Texto de Carmen Campero, de la Universidad Pedagógica Nacional de México, al terminar de dar un curso en un reclusorio.

ccampero@upn.mx

Hoy terminé de impartir el curso a los educadores de jóvenes y adultos, que a la vez son internos de un reclusorio. Quería decirles algo que los alentara durante el tiempo que les queda en la prisión, pero mis sentimientos chocaban unos con otros.

Cómo dar esperanza cuando hoy no llegaron a la sesión Toño ni Javier, dos de los pocos que participaban activamente, muchachos con quienes apenas el miércoles anterior me había quedado conversando sobre estrategias para que sus estudiantes comprendieran matemáticas a partir de ejemplos de su vida cotidiana, que les fueran útiles en la “institución”, y también sobre las dificultades que implicaba que, en el lapso de seis meses, pudieran enseñar nada menos que 60 tópicos del temario de preparatoria de la asignatura de inglés para que así los estudiantes pudieran presentar el examen correspondiente. Toño y Javier habían sido transferidos a otro reclusorio el día anterior, sin previo aviso.

Cómo dar esperanza cuando a un educador le pusieron hoy una “nota mala” por aceptar a un interno de oyente en su clase y que solicitó su entrada diciendo que quería superarse, cuando los silencios son la constante en las sesiones a pesar de que los participantes cuentan con estudios de preparatoria y licenciatura, cuando no recuerdan el tema que trabajamos de una semana a la otra y sus miradas se pierden. ¿En dónde estarán? Cómo dar esperanza cuando, Ana, una valiosa integrante del curso, personal técnico, no puede entrar más al reclusorio porque la semana pasada dijo “algo” que alguien oyó y la han cambiado a trabajar a otra “institución”.

Continuamente se cruzan mensajes dobles: el letrero de “no fumar” en la biblioteca, que es el

espacio donde se desarrolla el curso, del que no hace caso un maestro que tiene más de 25 años, que fuma y toma café sin reparo, el mismo que, al concluir la sesión, prende la televisión para ver el partido de fútbol; el resto de los internos no se quedan a acompañarlo, a pesar de ser tan aficionados a este deporte.

Al recorrer el largo del pasillo que conduce al Centro Escolar se ven rostros y cuerpos gastados y a menudo contrahechos; huele a mariguana y desfilan los custodios casi siempre de dos en dos, erguidos, marciales, vigilantes.

En el Centro, que de acuerdo a la opinión del personal y de los internos “es el sitio donde se respira un ambiente diferente al resto del reclusorio”, sus baños desprenden un olor fétido que se percibe a más de cinco metros de la puerta.

Recordando otras vivencias con ellos les dije que había aprendido mucho y que había disfrutado el curso; que ellos sabían mucho y lo habían mostrado, particularmente el primer día en que platicábamos del acontecer en México y en el mundo durante el siglo pasado. Que le pusieran muchas ganas a su trabajo de educadores de jóvenes y adultos, porque esa labor les haría más grata su estancia en la “institución”. Que se reunieran como colegas en el patio del Centro Escolar, tomando el sol, para realimentarse y apoyarse, compartir logros y dificultades de su trabajo educativo; que lo hicieran entre dos o más, y poco a poco, tal vez, en grupos más amplios.

Posiblemente lo que les dije también les sonó lejano.

Hoy todos nos despedimos de mano y nos miramos a los ojos.

## La prisión

¡La prisión! ¿Qué tiene la prisión? ¿Presos o no?  
 No, pues una celda jamás será una prisión.  
 Entonces, ¿qué son esos muros,  
 paredes, rejas y puertas de hierro?  
 ¿Es esto o no una prisión?  
 ¡Vaya idea! Ya dije que se trata apenas  
 de una construcción, no de una prisión.  
 Existen hombres que están en la prisión,  
 pero se encuentran en todos lados,  
 dentro o fuera de la construcción.  
 Están en la prisión del espíritu, en la prisión del corazón.  
 Esta es una verdadera prisión,  
 sin muros, sin rejas  
 y más sólida que cualquier construcción,  
 pues no ha sido hecha por el hombre, sino por el corazón.  
 La prisión de un espíritu, la prisión de la soledad,  
 soledad como la de un grano de arena  
 en un desierto donde sólo existe arena.  
 Aún siendo parte de todo  
 no logra librarse de la prisión,  
 de la prisión que no está hecha de rejas, de muros  
 y que tiene la perfección de la prisión  
 hecha por el espíritu, al lado del corazón.  
 Pues los muros, las rejas, como ya dije  
 son sólo simples construcciones.

*Rosieles Ramos Sales*

Albañil, electricista, agente de servicios generales, surfista, escritor. Nació en Santa Inés, Bahía, el 2 de septiembre de 1971. Murió a la edad de 23 años al ser recapturado después de fugarse del Presidio Regional de Vitória da Conquista, Brasil.

Para él son los calabozos,  
 Para él las duras prisiones;  
 En su boca no hay razones  
 Aunque la razón le sobre;  
 Que son campanas de palo  
 Las razones de los pobres.

*José Hernández*

Poeta argentino, 1834-1886